

SE INAUGURO EN BELLAS ARTES UNA MUESTRA COLOMBIANA

Aquel oro primitivo

El rescate de Atahualpa, el saqueo del Cuzco y del templo de Pachacamac proporcionó a los conquistadores más de cinco toneladas de oro el que, cuidadosamente reducido a lingotes y marcados, entró a jugar su rol en la economía de la época. Para los españoles ese oro significaba el enriquecimiento, la retribución material de la conquista. Para los Incas, en general, para los pueblos indios de América, los metales preciosos, y especialmente el oro, merecían un juicio de valor muy distinto al de los europeos. El carácter sagrado del oro se manifiesta en su aspecto simbólico, en la expresión material del día supremo, al que se tributaba luego en ofrendas o se fundía en imágenes que lo representaban y del que solo el Inca, podía disponer, reservándose totalmente su monopolio. En forma secundaria se usaba el metal precioso para fabricar las joyas que engalanaban al monarca y la vasalla real, o de aquellas a quienes el Inca otorgaba en casos muy especiales. Una enorme cantidad de oro acumulada por los conquistadores era el producto del fundido y de la desaparición definitiva de miles de objetos, cuya gran mayoría, por lo que hoy sabemos, debieron poseer una alta jerarquía artística. Solo de tarde en tarde, algún cronista sensible, nos deja alguna frase de admiración sobre la belleza de esas obras, ocurridas e ignoradas bajo la cretola de unas cifras que solo traducen su valor material en peso.

En otros países de América las obras de arte de la orfebrería precolombina sufrieron un parajo destino. En Colombia, en las primeras épocas de la conquista, se exploraban las tumbas y se fundían las joyas y ofrendas encontradas como si se tratara de verdaderas minas a las que, incluso se aplicaba el pago del quinto real. En nuestro N.O. argentino, hasta hace pocas décadas, una joyería de Tucumán decía que un empleado recorría periódicamente los valles calchaquinos comprando las piezas de oro que los lugareños excavaban en sus sitios arqueológicos, piezas que eran inmediatamente fundidas.

Se necesitaron muchos años, mucho esfuerzo y dedicación de arqueólogos y estudiosos para que, a través de nuevos



Orejera (zona de Nariflo).

hallazgos, podemos ahora valorar el nivel artístico de aquella orfebrería precolombina de Colombia, pertenecientes al Museo del Banco de la República, que por iniciativa de una empresa privada se exhibe desde hoy en el Museo Nacional de Bellas Artes.

Bajo un común denominador de idénticos orígenes, técnicas y materiales y pese al inevitable intercambio que debió existir entre las distintas regiones, pueden apreciarse una serie de variantes en el lenguaje y el vocabulario artístico que se traducen en visibles diferencias de los estilos entre sí. Así podemos apreciar el equilibrado juego de volúmenes que caracteriza a los recipientes Quimbayas, o a sus figuras humanas huecas, pequeñas copias realistas, destinadas a contener el polvo de los alucinógenos utilizados en el ritual sagrado, o a las cemitas veneradas de los Jéjes. Estas piezas se contraponen profundamente en su concepción general y en su elaboración a las severas y esquemáticas figuras planas de los "tunjos" o piezas votivas y rituales del estilo Muisca. Las que están reducidas a un máximo de economía descriptiva, al simple contorno del rostro y el cuerpo y a unas pocas líneas en relieve que indican sencillos accidentes ana-



Figura antropomorfa Colgante (zona de Simi).

tónicos y en las que, sin embargo se reproducen, como detalles individuales, los instrumentos que portan o los adornos que las engalanan. Destinados a ser utilizados como ofrendas a los dioses, en estas piezas interesante, fundamentalmente, el material y la forma del conjunto. Poca importancia tenía la terminación final del espécimen, el que a menudo, presenta filillas y apercezas en franca antitesis con la terminación de la superficie brillantemente pulida que presentan los objetos de adorno personal.

La expresión simbólico-religiosa vuelve a reaparecer en el estilo Tolima, con sus magníficos pectorales de oro en forma de figuras rectilíneas donde, de nuevo, el mundo de la zoología meetró sus rasgos con los humanos. Los miembros, reducidos a líneas rectas, en pronunciados ángulos, muestran una decoración geométrica cuidada de gran belleza. Muy distintas a esas piezas, los pectorales barrocos del estilo Cauima nos

muestran rostros humanos a los que realizan atendedos enriquecido por agregados de discos móviles destinados a dar un curioso efecto de ondulio o luz refleja.

El conocimiento de la metalurgia y sus distintas técnicas es de larga data en América. En Perú, los vestigios más antiguos de trabajo en metal, que los arqueólogos han podido fechar, corre pendón a 1.800 años a. C. Es posible que las técnicas metalúrgicas americanas se desarrollaran completamente independientes de las del Viejo Mundo. De Perú el conocimiento del trabajo en metal, irradió hacia Ecuador y Colombia. En este último país los arqueólogos sitúan las piezas más antiguas conocidas entre el 500 y el 200 a.C. Desde el norte de América del Sur, y en épocas posteriores, al comienzo de la «Críatana», las técnicas metalúrgicas se irradiaron hacia Centroamérica y México, adonde llegaron recién en el siglo VIII d. de C.

En sus comienzos las técnicas utilizadas para trabajar los metales fueron muy sencillas. Se usaba el simple martillo sobre el cobre o el oro en estado natural, es decir casi puro. Posteriormente se introdujeron el fundido y luego las aleaciones. Una técnica muy importante fue el de la cera perdida, procedimiento que usó Benvenuto Cellini en el Renacimiento y a cuya utilización se debe la gran mayoría de las piezas colombianas de la muestra.

Para los arqueólogos argentinos esta exhibición tiene un significado muy especial. No sería difícil que la rica y centenaria metalurgia de las culturas autóctonas del N.O. haya recibido sus impulsos principales de las mismas influencias nacidas en los Andes del Norte. Algunos de sus más acabados ejemplos de objeto de metal, como el famoso disco de Latosa Quevedo y similares, poseen detalles técnicos y estilísticos que lo vinculan más a los estilos y técnicas de Colombia que a piezas de orfebrería peruana.

Para el lego, sencillamente inquieto y sensible a las creaciones del espíritu, las obras exhibidas se imponen de por sí, más allá de las consideraciones que la historia nos sugiere en el tiempo o la geografía en el espacio.

Alberto Rex González

SOFIA: EL MUSEO EN LA CALLE

Patrimonio arqueológico y urbanismo contemporáneo

“En el corazón de Sofía, capital de Bulgaria, el urbanismo contemporáneo coexiste en buena armonía con monumentos arqueológicos de distintas épocas. Las construcciones modernas alternan con los vestigios del pasado de una manera insólita y al mismo tiempo natural. Cabe recordar que el centro de la ciudad fue devastado por las bombas en la segunda guerra mundial, y que la mayoría de los edificios fueron construidos posteriormente. Por lo demás, la reconstrucción continúa, según un plan que se modifica periódicamente. Ahora bien, el propio hecho de construir en esta zona exige realizar excavaciones, y éstas plantean a menudo problemas de conservación in situ de los monumentos arqueológicos que van descubriéndose.

Para comprender mejor dicha situación, cabe hacer un breve resumen histórico.

Siete mil años de historia debajo de una ciudad

Sofía tiene siete mil años. Su emplazamiento neolítico (de aproximadamente el quinto milenio a. de C.), se encuentra en un barrio algo alejado del centro, y el del eneolítico (aproximadamente en el cuarto milenio a. de C.), en una terraza arenosa formada por el desagüe de un lago. Allí está ubicado actualmente el Museo Nacional de Bellas Artes, instalado en el Palacio Real que, antes de que Bulgaria se liberase del yugo turco (1878), era la residencia del bey, representante del sultán.

Ya en la edad de bronce (hacia el segundo milenio a. de C.), cuando los tracios habitaban el país, la vida giraba en torno de la fuente termal y es entonces cuando se inicia la historia del centro de la ciudad, historia cuatro veces milenaria en el sentido más riguroso del término.

Sofía no es la única ciudad europea cuyo pasado se remonta a miles de años: lo extraordinario es que el suyo se inscribe en un espacio notablemente limitado, en torno de un punto que ha permanecido inmutable hasta nuestros días” /1/.